

los días, pero sobre todo los últimos del Amado Padre, cuya muerte lloramos.

Pero Francia, en medio de su odio á la Iglesia, se ha visto despreciada por todas las demás naciones; ya porque ella sola, en el concierto de alabanzas al Esclarecido León XIII, disuena con sus tiránicas leyes, ya también porque, muy á pesar suyo, ha visto que naciones amigas y enemigas abren sus puertas á los desterrados, ofreciendo hospitalidad y protección á los millares y millares de sus hijos que se ven arrojados de su Patria, solo por el inaudito crimen de quererla cristiana.

Sí, magnánimo León, cierto es que tu corazón de Padre, al morir, se ve desgarrado por la congoja de nobles ancianas, la tristeza de abnegados jóvenes y las lágrimas de tantas vírgenes; pero también es cierto que tu consuelo era mayor, al ver que no sólo la cristiana Bélgica, sino también la Antipapal Inglaterra, y la Ingrata Italia, y aun las naciones paganas, abrían generosas sus brazos á tus queridos hijos. Obra tuya es que esas naciones cambiaran su odio y aversión á la Iglesia, por una tolerancia que las llevará, tarde ó temprano, á gustar de las suaves delicias del seno maternal de la Esposa del Cordero. Consuélate, augusto moribundo; esa derrota es el más seguro presagio del triunfo; porque si la sangre de los mártires, al decir de Tertuliano, semilla es de cristianos; el llanto del destierro es la lluvia que la fecunda.

No vale la pena el que nos detengamos en considerar los desaires que al Papa hicieron naciones sin carácter, desnaturalizadas por las tiránicas mi-

norías que han logrado apoderarse de la autoridad, y que no teniendo otras glorias, en que cifrar su grandeza, la han ido á buscar en su ateísmo oficial.

II.

Era imposible conseguir en lo político, los triunfos de León XIII, sin haber antes logrado modificar, al menos en parte, las ideas subversivas que la revolución francesa había impuesto, y por las cuales se rige por desgracia el actual orden social.

Todas esas abominables libertades de cultos, de conciencia, de imprenta, de asociación y de pensamiento; con la soberanía popular, y el derecho del más fuerte; selecciones y evolución; todo eso que ha dado en llamarse ideas modernas puede, en última síntesis, concretarse en esta blasfema proposición: « El individuo, la familia, la sociedad, y cuanto á ellos se refiere, debe prescindir de Dios. » Ese ateísmo constituye la atmósfera de error que la sociedad moderna se ha formado para respirar en el Olimpo de sus adelantos; ese ateísmo es la leche con que se quiere alimentar al niño en la escuela; ese el manjar del joven; ese ateísmo el consuelo de la ancianidad.

León XIII vió realizado en sus días aquella profecía del Apostol: « Erit enim tempus cum sanam doctrinam non sustinebunt. » « Llegará un tiempo en que los hombres no soportarán la doctrina sana. « Sed ad sua desideria coacervabunt sibi magistros prurientes auribus. » « Sino que los hom-

bres se amontonarán, de acuerdo con sus pasiones, maestros que den comecón á sus orejas. »

¿Qué hace León XIII?

Cumplir con el precepto del Apóstol: « Opus fac Evangelistae, » y desde el principio de su pontificado señala la doctrina del Angélico Doctor como la única doctrina sana; porque ella salvará á la sociedad, y, enseñando él el primero esa doctrina, en sus inmortales encíclicas, recorre todas y cada una de las necesidades de la época actual, y comenzando por el matrimonio y llegando hasta la constitución de las naciones, hace ver al mundo moderno que sus teorías lo arrastran á la ruina de la cual solamente podrá librarse volviendo á las doctrinas católicas de la tan aborrecida edad media.

La restauración de la Filosofía de Sto. Tomás de Aquino no fué, como pudiera creerse, un simple llamamiento á lo pasado, por el prurito de contraponer lo antiguo á lo moderno. La encíclica « Aeterni Patris » tiene miras mucho más nobles. Es Sto. Tomás la personificación de la concordia que tiene que reinar por fuerza entre la razón y la fe. Sto. Tomás, mejor que nadie, sistematizó la doctrina católica, demostrando hasta la evidencia cómo el individuo, el matrimonio, la familia y la sociedad, todo viene de Dios y á Dios se encamina, sin que de Dios pueda prescindirse. Síntesis católica en diametral oposición con el ateísmo de las modernas libertades.

¡Soberbia humana, hija de Satanás, confúndete! Progresa cuanto quieras; pero sábetete que en tu su-

jeción á Dios no cabe progreso. Tú alejarás á la familia, de Dios; pero ella se te convertirá en cueva de feroces tigres: tú alejarás en tu escuela atea, al niño, de Dios, pero te crearás en él un sér miserable, vicioso y corrompido, que sólo te servirá de estorbo, si no es que dé ignominia: tú alejarás al pueblo, de Dios, pero ese pueblo, en uso de la soberanía que tú le has concedido, te hará el objeto de sus caprichos absurdos: tú alejarás á Dios de tus leyes y de tus parlamentos, pero tus leyes te harán su juguete y tus parlamentos te prostituirán al primer mercader que ofrezca más oro, ó te abandonarán á las garras del primer usurpador que se prende de tus tesoros!

No me atrevo á decir que León XIII lograra cambiar las modernas ideas: esa es obra de siglos. Pero bien se puede sostener que á León XIII tocó, sobre los indestructibles fundamentos descubiertos por el *Syllabus* hacer ver de nuevo el inmortal monumento de la doctrina de Jesucristo, única salvadora de la sociedad.

Más aún: León XIII comenzó á escuchar en medio del reñido combate, los preludios de la victoria. ¿Qué significa si no ese coro de alabanzas, en medio del cual exhala el Pontífice su último aliento? Y esas alabanzas son precisamente las que deberían avergonzar á los mismos que las profieren. El Oscurantismo del Vaticano, sin cejar un punto siquiera, en materias de fe y de moral, es el objeto de la admiración universal, y no advierten sus admiradores que los resplandores de esa sabiduría son los rayos del Sol de Aquino, y que el Papa de

los siglos XIX y XX no es, en doctrina, sino un Papa del siglo XII, que, después de ochocientos años de adelantos, vino á decirnos que las verdades que ligan al hombre con Dios son inmutables, y que como esas verdades salvarán á Europa de la irrupción de los bárbaros del Norte, esas mismas verdades, y sólo ellas, salvarán al mundo de la peor de las barbaries, de la barbarie de la civilización atea.

III.

Para la moderna sociedad nada más inútil y vano que la oración y devociones con que se alimenta la piedad de los fieles: nada más estéril que el culto externo y nada más abominable que el estado religioso. Mas para el verdadero creyente todo esto es de la mayor importancia.

No es, pues, de maravillarse que Dios haya querido que, en el Pontificado de León XIII, para confusión de las ideas modernas, aumentara en todos los pueblos lo que constituye la verdadera devoción: el culto y todo lo que es adorar á Dios en espíritu y en verdad.

El liberalismo, que mientras más libertad predica, menos da, ha hecho en todas partes cuanto ha podido por acabar con las comunidades religiosas, expresión la más genuina del culto que á Dios se debe; pues que en ellas, además de las alabanzas que tributan á Dios limpios corazones, continuamente se ofrece al Señor el holocausto más suave, que es el de la obediencia, y el perfume embriagador de la pureza y de la virginidad.

Pero el hombre soberbio, carnal como es, no es capaz de sentir lo que es del espíritu, y por eso le vereis convertido en el mayor enemigo de lo que no entiende. « Quaecumque ignorant, blasphemant. » Mas, á pesar de esa persecución universal, innumerables son las Congregaciones de hombres y de mujeres que nacieron y florecieron á la sombra de León XIII. No hay necesidad que no haya encontrado su remedio en esas santas instituciones: y la enseñanza, fuerte que se disputan las Sectas y la Iglesia, cuenta con verdaderos ejércitos de abnegados maestros.

Sin temor de exagerar, podemos asegurar que si nunca se vió, en los 20 siglos que la Iglesia lleva de existencia, tanta hambre de placeres, tanta sed de riquezas y tanta insubordinación; nunca tampoco vió la Iglesia á tantos millares de varones y doncellas, abandonar el mundo y enclavarse, en la Cruz de la religión, con esos tres clavos voluntarios de los votos de pobreza, obediencia y castidad.

Si á esto añadimos el incremento que León XIII dió á la devoción del Sacratísimo Corazón de Jesús, del Espíritu Santo, de la divina Eucaristía, del Santo Rosario y á tantas hermandades y Asociaciones, tendremos que confesar por no menos piadoso al que admirábamos poco ha, como un Pontífice lleno de sabiduría.

No hay una sola nación que no haya experimentado el saludable influjo de la piedad de León XIII, siempre solícita de amparar y acrecentar las devo-

ciones peculiares de cada pueblo, y defender y confirmar sus tradiciones piadosas.

Entre las naciones católicas ninguna, tal vez, ofreció al Sumo Pontífice el caso singular de nuestra querida Patria. Un pueblo eminentemente católico, gobernado por instituciones esencialmente democráticas, basadas en los llamados derechos del hombre, y, sin embargo de todo eso, hostilizado en sus creencias. Vió el Pontífice en su sabiduría que en medio de nuestra desgracia, que dura ya más de medio siglo, no nos quedaba otro recurso que el de acudir á Sta. María de Guadalupe, fomentando su devoción y poniendo en Ella toda nuestra esperanza. « Conservareis, nos decía en la hermosa carta al Episcopado Mexicano, conservareis el inestimable tesoro de la fe, mientras fomentéis esa devoción á vuestra Patrona, á ejemplo de vuestros mayores.

Y muy sabido lo tenía el mismo infierno, cuando enzañado valióse de la falsa ciencia, de la pseudo-crítica, de las burlas, de la apostasía, y hasta de la blasfemia, para apagar en el corazón mexicano la única chispa de esperanza. Pero León XIII acude presuroso, y á la solemne aprobación que Benedicto XIV había dado á la maravillosa Aparición del Tepeyac, añadió el sello de otra confirmación más explícita y solemne, y al conceder que en su nombre Augusto coronáramos á nuestra Patrona, dió ocasión para que, en su Pontificado, diera México al mundo el espectáculo de un pueblo piadoso, y ferviente y agradecido, que, en vez de perder su fe, como lo esperaban y pretendían

sus enemigos, diera muestras de tenerla muy viva y arraigada.

No se limitó á esto la piedad del Pontífice: quiso dar una prueba de su personal devoción á la Patrona de los mexicanos, componiendo aquellos hermosos dísticos, « Mexicus haec populus, » que al pie de la milagrosa Imagen, estarán predicando á las naciones venideras la fe de León XIII de que en María de Guadalupe está la salvación de México. Y por último, selló sus favores, concediendo, ya en sus últimos días, una bendición especial de rosas, en recuerdo y confirmación de las maravillosas rosas del Tepeyac.

Justo era, pues, que nosotros, los que tenemos la honra y dicha de formar esta Ilustre y Venerable Congregación de Sta. María de Guadalupe, diéramos una muestra de nuestro duelo en la muerte del insigne León XIII, á quien, si allá le llaman el Papa de los obreros, nosotros los mejicanos con justicia le podremos llamar el Papa del Tepēyac.

Tal fué, á grandes pinceladas, la obra del gran Pontífice, ó mejor dicho, la obra de la Providencia, en el Pontificado de León XIII. En su providencial longevidad, la política mundana, á pesar de sus tramas, le vió reinar con más poder que ningún otro Papa: la sabiduría del siglo, en la embriaguez de su envanecimiento, se vió obligada á confesarse discípula de sus infalibles enseñanzas, y la impiedad, con todo y sus esfuerzos, se declaró vencida, y dió por imposible su satánico intento.

Has cumplido, esforzado León, la obra que el Señor te encomendó: ya puedes decir con el Após-

tol: « *Bonum certamen certavi.* » Has peleado sin descanso en las batallas del Señor, te aguarda ya la corona de justicia. Muere tranquilo con la serenidad del vencedor: en pos de tí viene quien recogerá los despojos.

Llegóse la hora fatal, de ansiedad y de luto, para el Orbe católico; pero de regocijo para el cielo y de gloria para el alma del aguerrido Anciano.

Mirad como descenden á la Sta. Colina del Vaticano, desde donde aquella alma, noble y generosa se disponía á levantar el vuelo á las mansiones de paz, millares y millares de espíritus celestiales, heraldos del Rey de los siglos; mirad cómo les sigue más de un centenar de Bienaventurados, á quienes el Pontífice decretó los honores del altar; pero entre todos resplandece la gloriosa Virgen María Nuestra Señora, la cual viene apoyada en el brazo de su amado. Sí, mirad á Jesucristo, quien, radiante gloria, se adelanta y dice á su siervo: Me has amado, apacentando mis ovejas: ven, y entra en el gozo de tu Señor. Así te lo pedimos, Príncipe de los Pastores. Dále, Señor, el descanso eterno y resplandezca para él la luz eterna. Así sea.

